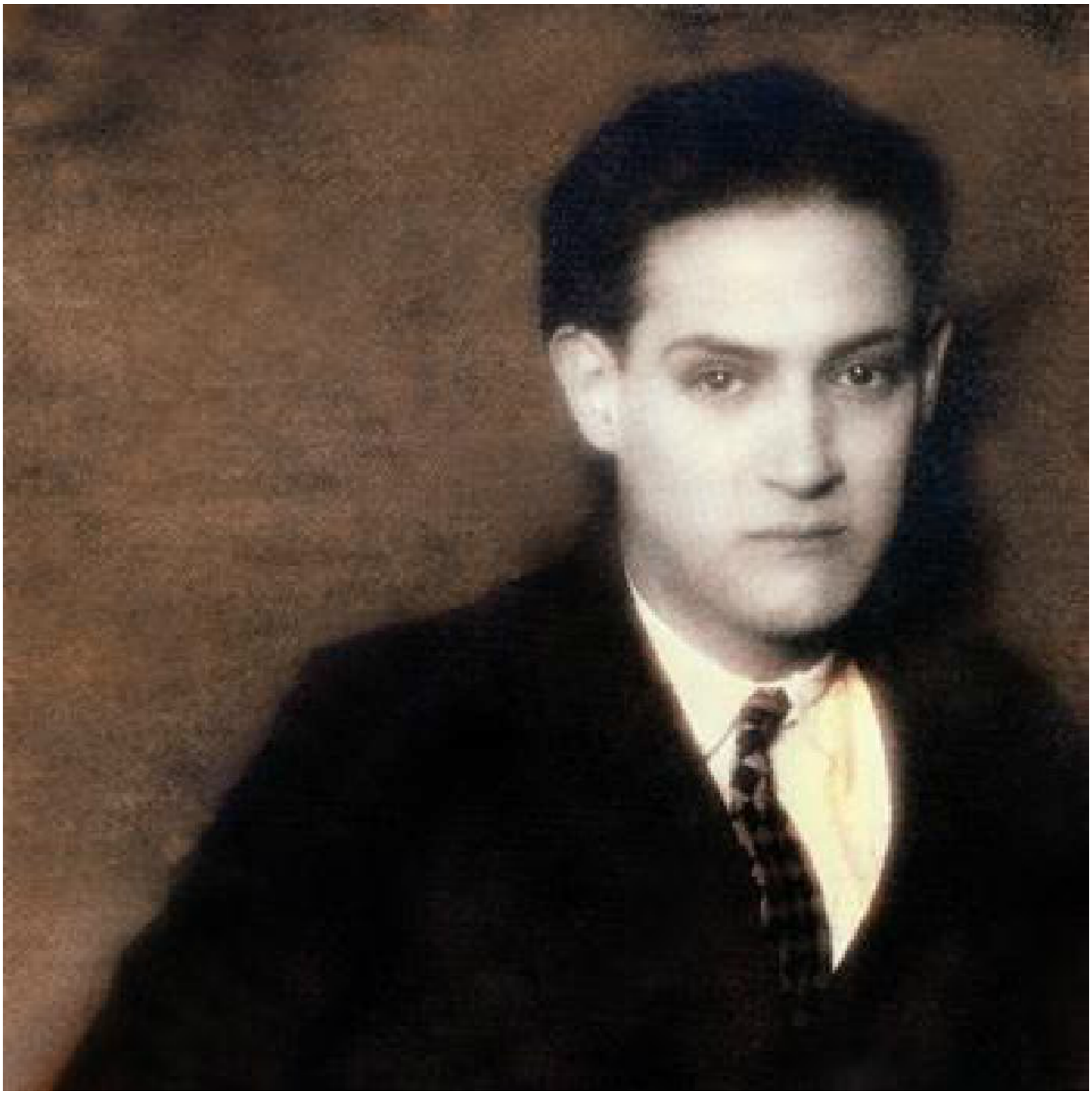
Arquitrave



Salvador Novo • Daniel Balderston • Elena Liliana Popescu
Eduardo Mileo • Dorothy Porter • Alberto Lauro
Edel Morales • João Rasteiro • Sergio Téllez-Pon

El centenario de Salvador Novo

Daniel Balderston

Hace unos meses en ciudad de México se celebró en grande, en el Palacio de Bellas Artes, el centenario del nacimiento del poeta y cronista Salvador Novo (1904-1974).



El gran crítico cultural mexicano Carlos Monsiváis, quien publicó en 1998 las memorias escandalosas de la adolescencia y juventud de Novo, *La estatua de sal*, y el libro crítico más importante sobre Novo, *Salvador Novo: lo marginal en el centro* (México, 2000), fue de los que hablaron en el homenaje. En una entrevista con Luís Tovar, dijo Monsiváis: «A estas alturas, el personaje y el escri- tor ya no son escindibles y, en la medida en que es conocida, la leyenda siempre se añade a la lectura de la obra, lo que reiteradamente lleva a recordar la leyenda» («*El desafío literario de Salvador Novo*, *La Jornada semanal no. 493, 15 de agosto de 2004*).

Lo que llama la atención en la poesía de Novo –una poesía pulcra, cuidada, muy escasa en comparación con los miles de páginas de sus

crónicas— es la manera en que la escritura autobiográfica (*La estatua de sal* sobre todo) obliga a leer la poesía de Novo en tono directo.

A diferencia de la poesía de los otros «contemporáneos» (José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jaime Torres Bodet entre ellos) la de Novo no aspira –o no aspira solamente— al estatus de una «poesía pura» marcada por Paul Valéry: objetos verbales pulcros, autónomos, cerebrales. La poesía de Novo marca la irrupción del cuerpo: el cuerpo masculino, en contacto con los de otros varones. Si *Nocturno de los ángeles* de Villaurrutia (1936) marca tal vez el momento más alto de la poesía homoerótica latinoamericana, es también una poesía donde los cuerpos varoniles de los californianos son observados no por Villaurrutia sino por los visitantes celestiales del título del poema, que al final del texto «*cierran los ojos para entregarse mejor a los goces de su encarnación misteriosa,/ y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los mortales*» (Villaurrutia, *Obras*, México, 1953, pág. 57). En cambio, un texto de Novo de la misma época está dicha claramente en primera persona:

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
junto a tus hombros tersos de que nacen
las rutas de tu abrazo,
de que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,
sentí de pronto el infinito vacío de tu ausencia.
Si todos estos años que me falta
como una planta trepadora que se coge del viento
he sentido que llega o que regresa en cada contacto
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje que nada contiene sino una fecha
y su nombre se agranda y vibra cada vez más profundamente
porque su voz no era más que para mi oído,
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos

y mi alma es como un gran templo deshabitado.
Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara
estatua que he erigido a su memoria

(Novo, *Poesía*, México, 1961, pág. 86)

Aquí la relación del yo con el tú (y con el «el» recordado que parece habitar el cuerpo del «tú») se narra sin ambages: también sin indicios de género gramatical, pero la reiteración de «tersura» que los describe a los dos («tus hombros tersos», «mi tersura»), y la presencia del «él» ausente en el tú presente definen un mundo masculino.

Esto ocurre también en *Seamen Rhymes* (1933), donde el título del poemario ya anuncia no sólo los marineros, objetos de deseo, sino el derrame de semen. En la segunda parte de ese breve poemario, uno de esos marineros, Neville Charles Rogers, le habla (en inglés), y la conversación está claramente marcada por el *voyeurismo* de las dos partes:

You are one of them passengers
You're traveling [sic] on this boat for some reason,
For business
Or just because you want a vacation
And you enjoy yourselves thoroughly.

We see you at night
Dancing on deck
Or having swell drinks at the bar
Or may be you stare at us
Because you wonder
About real life

And men who work for a living
As we do.

(Novo, *Poesía*, pág. 101)

Y el marinero le confiesa a su interlocutor –al poeta— «*Sometimes at night/ I feel kind o' lonesome*» (pág 103), que es una especie de invitación.

Otro texto de 1933, *Romance de Angelillo y Adela*, es una versión ficcionalizada del encuentro de Novo con el gran poeta del momento, Federico García Lorca, en Buenos Aires. En una crónica de viaje Novo describe las circunstancias de su encuentro con Lorca (véase mi libro *El deseo, enorme cicatriz luminosa: ensayos sobre homosexualidades latinoamericanas*, Rosario, 2004, págs. 57-58); el poema alude a ese encuentro con humor *camp*:

Porque la Virgen lo quiso,
Adela y Angel se encuentran
en una ciudad de plata
para sus almas desiertas.
Porque la Virgen dispuso
que se juntaran sus penas
para que de nuevo el mundo
entre sus bocas nacieras,
palabras de malagueño
—canción de mujer morena—,
torso grácil, muslos blancos
—boca de sangre sedienta.

(Novo, *Poesía*, 105-06)

En 1954 Novo publicó una plaquette con sonetos pornográficos, los *XVIII Sonetos*, para circulación privada entre sus amigos. Este libro, reeditado primero en 1986, se incluye

como apéndice a la edición de *La estatua de sal* que publicó Monsiváis en 1998. Quisiera terminar citando un par de esos sonetos, notables no sólo por lo que nos revelan de las costumbres sexuales en México (y en específico de relaciones entre hombres de élite con choferes, policías y elementos del hampa) sino por la revelación –teatral, patética y cómica— del poeta, maquillado «con productos Rubinstein» (*La estatua de sal*, pág. 127), recordando con nostalgia al amado «porque hace una semana que no cojo» (pág. 132), masturbándose (págs. 123, 133), y asegurando al otro que «*cuando partas/ te llevarás un poco de dinero*» (pág. 134). Porque Novo –viejo, decrépito, famoso— se hace muy presente en estos poemas:

II

Si yo tuviera tiempo, escribiría
mis memorias en libros minuciosos;
retratos de políticos famosos,
gente encumbrada, sabia y de valía.

¡Un Proust que vive en México! Y haría
por sus hojas pasar los deliciosos
y prohibidos idilios silenciosos
de un chofer, de un ladrón, de un policía.

Pero no puede ser, porque juiciosa-
mente pasa la doble vida mía
en su sitio poniendo cada cosa.

Que los sabios disponen de mi día,
y me aguarda en la noche clamorosa
la renovada sed de un policía.

(Novo, *La estatua de sal*, pág. 124)

XVIII

Nos volvemos a ver. Año tras año
soñé con encontrarte en mi camino.
¡Sol de mis ojos, luz de mi destino!
¿No quisieras, mi bien, tomar un baño?

Nos encontramos uno al otro extraño:
Gordo tú, flaco yo —¡mundo mezquino!
Y me complace ver —¡oh, desatino!—
que hay cosas que no cambian de tamaño.

Te quiero como antaño te quería:
con pasión, con dolor, con amargura,
cual si este siglo hubiese sido un día.

Quiero corresponder a tu ternura:
Levanta tu barriga, vida mía,
que me voy a quitar –la dentadura.

(Novo, *La estatua de sal*, pág. 140)

Salvador Novo

Este perfume intenso de tu carne

Este perfume intenso de tu carne
no es nada más que el mundo que desplazan
y mueven los globos azules de tus ojos
y la tierra y los ríos azules de las venas
que aprisionan tus brazos.
Hay todas las redondas naranjas en tu beso de angustia
sacrificado al borde de un huerto
donde la vida se suspendió por todos
los siglos de la mía.
Qué remoto era el aire infinito que llenó nuestros pechos.
Te arranqué de la tierra por las raíces ebrias de tus manos
y te he bebido todo, ¡oh fruto perfecto y delicioso!
Ya siempre cuando el sol palpe mi carne
he de sentir el rudo contacto de la tuya
nacida en la frescura de un alba inesperada,
nutrida en la caricia de los ríos claros y puros de tu abrazo,
vuelta dulce en el viento que en las tardes
viene de las montañas a tu aliento,
madurada en el sol de tus dieciocho años,
cálida para mí que la esperaba.

Tú, yo mismo

Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado
que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una
hoja que arrancó de los árboles
¿cómo será posible que nada te conmueva
que no haya lluvia que te estruje ni sol que rinda tu fatiga?
Ser una transparencia sin objeto
sobre los lagos limpios de tus miradas
oh tempestad, diluvio de hace ya mucho tiempo.
Si desde entonces busco tu imagen que era solamente mía
si en mis manos estériles ahogué la última gota de tu sangre y
mi lágrima y si fue desde entonces indiferente el mundo e
infinito el desierto y cada nueva noche musgo para
el recuerdo de tu abrazo
¿cómo en el nuevo día tendré sino tu aliento,
sino tus brazos impalpables entre los míos?
Lloro como una madre que ha reemplazado
al hijo único muerto.
Lloro como la tierra que ha sentido
dos veces germinar el fruto perfecto y mismo.
Lloro porque eres tú para mi duelo
y ya te pertenezco en el pasado.

Elena Liliana Popescu

Cuando todo se pierde

El reloj no se ha parado pero
no se le ve marcar las horas
en la esfera del tiempo
que está parado, en contemplación.
La perspectiva no se ha perdido
pero los objetos ya no se ven
delimitados en la extensión pura
del espacio, el que no tiene nombre.
La vida no ha acabado pero la muerte
ya no se ve en el horizonte
esperando al ser que se rebeló
un día, en alguna parte, en el país del olvido.
Todo está en su sitio como antes
aunque todo ya no significa nada
cuando se pierde en el espacio sin tiempo,
en el tiempo sin espacio.

Aquel momento

Unas palabras, te dijiste,
solo unas palabras, y creaste
una historia entera cuyo presente
ya es ayer, igual que mañana
será solo el pasado de quien
lo dejará atrás, perdido
para siempre.
Solo una palabra, te dices,
Solo una palabra, y te acercas
en tu caminar al umbral insospechado
de lo desconocido, sin que te asuste
el pensar que eres y no eres tú,
al momento en que puedes ser
y eres.

Eduardo Mileo

El que está sin amor

El que está sin amor
o el que está sin trabajo
ahuyenta –sin amor
pero no sin trabajo–
una mosca tenaz.
El insecto es religioso en su fastidio.
Como si orara,
como si el orbe levantara entre las alas,
se esfuerza en el zumbido
por imitar a la abeja.
Pero nadie esperaría de ese vientre negro
–a pesar del ojo verde o bordó–
la dorada descendencia de la miel.

El sin amor o el sin trabajo la mira
describir una órbita aleatoria
tomando su cabeza como sol.
Bebe
de a sorbos
todo el vuelo.

«Amor y trabajo
–piensa entre tragos–,
no alcohol y tabaco.»

El sin trabajo se quedó sin luz

El sin trabajo se quedó sin luz:
se lo tragó la verdad.
Ni acomodarse pudo: vacío
como silueta forense.

¿Por qué esperar del mundo una respuesta?
¿Qué sabe de uno la noche?
No hay fuera de las manos una acción.

Sólo lo inmóvil persevera:
lo demás es del viento.

El que está sin trabajo

El que está sin trabajo
cuelga de un perchero.
Su cotidiano deshacerse,
su ser nadie más que ropa
expuestos como un cuadro.
«Esto no es un perchero»,
habría dicho Magritte
si no fuera una momia,
una nada hecha de polvo y misterio.
Pero qué puede decir el sin trabajo
si desaparece de su ropa,
si no es nadie en el amor del mundo.

Con la punta de los dedos
aferra el puño de la camisa holgada.
Siente en la yema los hilos
de la tela raída.
Y vuelve a colgar de su perchero
como la momia de Magritte.

Es un día de fuego

Es un día de fuego.
Estalla en los ojos
el sol de la cúpula
y es un incendio de odio la campana.

Cantan los fieles una fe que se apaga.
San Cayetano tiene la espiga marchita.

Pero bailan como alambres
las filas de fidedignos,
las columnas encendidas de la grey.

Es un día de fuego
porque hay fuego en los ojos
porque es de fuego el rostro que confía.

Es de fuego y tiene hambre.
La sombra no se come.

Ya no se bendice el agua.
Dios no tiene perdón.

El que está sin amor
o el que está sin trabajo
abandona la fila de creyentes
y camina junto a las paredes
escritas por los herejes.

El sin trabajo huele a quemado

El sin trabajo huele a quemado.
Su aspecto de sí mismo
lo descubre ante el mundo.
Ha pateado la calle
y en la calle latas,
tapitas sin botella,
cartas
que algún despechado hizo bolitas.
Como el amor se come con champán,
el sin trabajo no piensa enamorarse.
Pero vivaces
sus ojos se despiertan
cuando huele en el aire.
El sin trabajo cree en el humo
de las gomas encendidas.

Dorothy Porter

Panal de abejas

Hay un oscuro lugar
en el campo de mi amigo Robert
con olor al néctar del peligro.

Un enjambre de abejas ha tomado
una docena de cobertizos de las 'viejas cabañas'
y nadie tiene la disponibilidad
o el coraje de moverlas.

Pienso en la risa del *Rey Mycenen*
enterrado en ladrillos de la colmena
reluciendo como ellos mienten.
más dorados que la miel
en la antigua sangre oscura.

Ahora entro mi mano desnuda
quiero sumergirla a través del hoyo
con un zumbido letal de la carretera
hacia el muro de la cabaña.

Amo el panal de las abejas
en el campo de mi amigo Robert

Amo el misterio invisible
de esa deliciosa industria.

¿Aunque también amo la lección
de mi esclavitud: de esas cosas oscuras

La hora nueve

La hora nueve
esta aquí

La hora nueve
sube cansinamente
por la heladísima neblina

He venido a un río
de sangre y vinagre

He venido a un río
donde solo el dolor
mantiene sus pies.

He venido a un puente
de huesos disolviéndose

He venido a un lugar
heladísimo

Estoy atrapada
en un espacio
deformado
por mi propio
miedo leproso.

¿Tengo la fuerza
para pagar el sufrimiento que debo?

Hay calma
que no es mi primo
para el coraje

Hay calma que se sienta
como un mono temblando
bajo el pitón del ojo hipnotizado.

Todas las cosas te hacen temblar

El viento caliente la orilla del mar
en la euforia envenenada.

Pero es tuyo el lazo en la mano
que tiene la carne secándose.
Tu carne tiene la voluntad
de sus propios tumores

Piensas que tú has estado aquí antes.

Tal vez piensas
que tu espíritu de Mercurio,
tiene su carne lengüeteada y furtiva.

Pero la oscuridad
es más fuerte
que la luz

La carne conoce bien
quien ganara la línea del honor
en esta lucha.

La hora nueve
esta aquí

La hora nueve
no tiene sentido

No reces
por una inundación rápida
repartiendo milagros o claridad

Durante la hora nueve
la razón muere de sed
tu sangre se estanca y se añeja
como una base de metal en tu boca.

Tú colgado
en una cacofonía
del ruido de arcadas
sin chusma de grandilocuencia
en el heroísmo
que nunca olvidaras

Ese fétido sonido
de la hora nueve.

He venido al río
de sangre y vinagre.

Estoy aquí,
a la hora nueve.
Estoy aquí
fajado y tiritando.

Escucha la hora nueve
escúchala
y presta atención
al nuevo sonido en mí.

No estoy aquí ni solo, ni menos en soledad
¿escucha la lucha chiflar de este geiser en mí?

Estoy parado en el suelo
en el impávido aerosol
en compañía
de mis propias palabras.

Alberto Lauro

Para llegar a Delfos

Cruzar el mar. Perdido en las ciudades.
Pasar entre las brumas la intemperie.
Inerme está el que para siempre escapa
extranjero hacia la noche de las islas.
Enmudecer pisando las fronteras.
Herido evadir las trampas, los ejércitos.
Evocar a alguien que amas en la ausencia
de otro cuerpo. Oír de cerca la blasfemia,
alabanzas, labios de dignos oradores,
miserables. Padecer los riesgos
del que avanza al caminar como un inútil.
Y llegar a Delfos, donde el Oráculo
entre humos, perfumes y oscuridad grita
la ofensa irreparable para quien vive
mortal e hijo de mortales.

Estrella del norte
Éxodo 12,37

Sobre la sombra del tiempo
eres tú la más amada,
estrella del norte, testigo fiel de centinelas,
marineros y amantes.
Te contemplamos prisioneros
en el desierto de la noche
de las islas y su vasta oscuridad,
llenos de hierros y grilletes,
conducidos por los invasores
en esta interminable caravana.
Por ti no importa que nadie
venga a libertarnos si solos,
poco numerosos y en cadenas,
ganaremos todavía la batalla.

En la cena

Esta noche, a la hora de la cena,
—no éramos precisamente doce—
en el lugar de la abuela
descubrimos a una extraña.
¿Cómo es posible que durante años
no supimos cuándo hubo de partir?
Ajenos y ocupados estábamos
en dar falso esplendor a su apellido.
¿Cuándo su traje se hizo jirones,
garras las uñas de sus manos,
pozo de sombras sus bellos ojos,
esa boca tenebrosa
en quien no llegan a reconocer
el rostro amargo de una mujer
que nos acusa de haber vendido
su casa por un pedazo de pan.

Carta a Saulo

Hermano:
Los labios con que has mentido
hoy son mis labios, olvidada la voz,
la zarza ardiente, el polvo
del camino de Damasco.
Es de madrugada.
Como un fantasma entra a mi cuarto
una anciana rezando el rosario
detenido en los misterios dolorosos.
Y todavía me bendice.
Afuera, en la noche del mundo,
de nuevo canta el gallo
tres veces por mí.

Entrando en el templo

Es preferible uno de fango a ese dios del clero de Corinto
pues legiones de éste, con el favor de su nombre,
erigen monumentos, fortunas, potestades,
obligándonos a los gentiles,
sin resistencia por temor a su ira,
a entregar en el diezmo nuestra escasa riqueza,
miserable tributo para entrar con ellos
a sus templos donde el poder y el placer
son el oficio de quienes
dominan, bendicen y testifican.

Es preferible un ídolo de fango a ese dios del clero de Corinto,
indiferente a la pobreza del pueblo,
ciego ante el sufrimiento, sordo a la súplica.

Y sin embargo entramos en el templo.

Noche de Bizancio

Un día amanecieron las casas desiertas,
los templos vacíos,
los pergaminos quemados.
El ejército enemigo
había tomado mejores posesiones.

Nadie elevó a los dioses plegarias.
La herejía tomó sitio en los burdeles.
Guerreros de legiones invencibles fueron derrotados.
Yo besé los labios del mercader y del tahúr.
Como los caballos de Aquiles
que al llanto se entregaron
por la muerte de su amado Patroclo,
el pueblo sepultaba entre las manos su dolor.

Mercenarios y sacerdotes
que temían un sitio entre la muerte
complasiéronse en aplausos,
renunciando a su linaje,
en tanto se escuchaba la palabra indigna.

Era la noche de Bizancio.

Edel Morales

Otro color, otras figuras geométricas

Magenta o fucsia,
oro,
turquesa,
lavanda,
negro, canela, marrón,
amarillo y verde
en el Brasil,
que mezcla iguales elementos
a los nuestros.

Aguamarina o rosa,
cuadros violeta, círculos naranja,
rombos en ciruela,
ocres espirales discontinuas,
línea que asciende recta diagonal oblicua
del claro al vivo mar oscuro olivo,
maíz, manzana y zarza,
hoz y martillo, soles y constelaciones,
medialuna o cruz, águila o serpiente,
un signo inequívoco de la antigua grandeza
que se despliega en el aire,
como en el México de corrientes simultáneas
a las nuestras.

Sí,
pudo ser otro color,
otras figuras geométricas
mostradas en la tela

las que tomaran los abuelos
para reconocer las islas,
para avivar la patria,
para escribir sus himnos y cantares,
para estremecer sus vidas
y ofrecerlas;
pudo ser.

Pero
cae la tarde polícroma
en los nuevos cielos de Bahía:
azul y blanco sobre rojo,
cae la tarde dulce y polícroma
en la ciudad de las columnas:
azul y blanco sobre rojo,
cae la tarde dolorosa
en las graves tierras matanceras,
en las villas gastadas del centro:
azul y blanco sobre rojo,
cae la tarde infinita
en Guáimaro y Montecristi,
cae sucesiva la tarde
en Jimaguayú,
en San Lorenzo,
en Dos Ríos,
en Las Damas,
en San Pedro:
azul y blanco sobre rojo,
triángulo y rectángulos y estrella solitaria
en Nueva York y Tampa y Jarao y Baraguá,

en Artemisa y Santiago y La Reforma:
triángulo y rectángulos y estrella solitaria,
azul y blanco sobre rojo,
azul y blanco sobre rojo
en las tardes polícromas de Cuba:
triángulo y rectángulos y estrella solitaria.

Pudo ser otro el color,
otras las figuras geométricas
mostradas en la tela;
sí, pudo ser.

Pero cae la tarde polícroma en los cielos patrios,
la tarde dolorosa y dulce
en las voces de los vivos y los muertos,
cae la tarde infinita y sucesiva de los cayos y las islas
para volver mañana como antes se avivaba:
que no deben flotar dos banderas
donde basta con una:
azul y blanco sobre rojo
triángulo y rectángulos y estrella solitaria.

¿Puede ser otro el color?
¿otras las figuras geométricas mostradas en la tela?
¿acaso pueden ser distintas las palabras
para escribir sus himnos y cantares?

En el alto espejo

Ejercita su vientre
y me convida, casi lateral,
a proponer un ciclo
en la geometría del movimiento.

No tan joven,
la muchacha que ejercita su vientre
en los salones colectivos
quisiera también
una mano deslizada, un masaje
en la espalda, una porción de crema
en los intersticios de la piel
que el sudor hace lustrosa.

Cada tarde antes del baño,
ella se sitúa
convenientemente
entre el alto espejo de pared
y los cojines rojos
donde acostumbro leer a Heredia,
Zenea, Martí, Villena, Guillén, Fayad...

Yo recobro las palabras de un país,
los ciclos en que se gesta
el movimiento oculto de la imagen
que después acogen multitudes.

Ella recorre la distancia mínima
entre mi voz y las últimas cremas
importadas de Europa,
ejercita su vientre, pedalea
con las piernas hacia el falso techo.

En el alto espejo que testifica
la caída de los cuerpos
y de los antiguos valores, la imagen
nos convida, nos acoge múltiples,
entre las manchas repetidas del azogue.

Con cierta elegancia

Cierta elegancia
en la boca, cierto desacuerdo,
conviene –corresponde bien–
al modelo que predomina
y triunfa. En la ciudad abigarrada.
En los festines –sexuados–
de sus bares y casonas, conviene:
cierta elegancia en la boca,
cierto desacuerdo.

En las playitas privadas,
en los puentes de una sola dirección,
en las antiguas plazas –solitarias– -
que frondosamente te reciben,
conviene mostrar: cierta elegancia
en la boca, cierto desacuerdo.
En la piel seductora de sus hijas, conviene.
No olvides ese dato.

Te recibe amena. Abre
para ti sus galerías. Se entrega
sin reservas –un cuerpo
arreglado para la especulación.
Pero exige. Se entrega y exige,
un resguardo seguro: cierta elegancia
en la boca, cierto desacuerdo.

Conviene: un poco
de travestismo. En la lógica
virtual de los internautas, conviene.
En las rápidas avenidas luminosas,
conviene: bajar velocidades. En
la extensa tradición comentada
por los libros –que vuelven a ser época–
conviene: cierta elegancia en la boca,
cierto desacuerdo.

No olvides ese dato.
Corresponde bien al modelo
que predomina y triunfa.

João Rasteiro

Como una herida

Savia y péndulo desde el comienzo
ambos ajenos a las promesas del sol
y junto al cuerpo la voz ordenando
siempre la ilusión sobre el sueño de fuego,
junto a las palabras algunas cicatrices
mientras las piedras fructifican perfumes
bebiendo en el canto sordo de la lámina
la tierra que insiste en respirar,
y como la herida del poema no tiene nombre
la razón antigua donde brota Drummond:
(el único culpado es dios
y el resto es alucinación).

En los párpados de la letanía

En los párpados de la letanía
solamente los ojos como reptiles
bebiendo las grietas de las palabras,
tal vez sembrando el espanto
cuando la luz ofende al sol
secreteando labios contra labios,
una forma matizada en los fuelles
en el delirio pungente y absoluto
aguzado en la raíz de un cuerpo antiguo.

Cuando el ocio hiere la piel ebria

Cuando el ocio hiere la piel ebria
un cuerpo navega aún inmaculado
en góndolas de velas sordas
como si el largo crepitar de las venas
ese torrente de líquido rojo
aspirase al movimiento del agua
que sólo perdura en la sombra de las palabras.

Sobre la línea que respira entera
el fuego encendido de incisiones oblicuas
porque ella ya no distingue el cuerpo
rodeado de construcciones imaginarias.

Amígdalas ancestrales

Cuando la luz anticipa la desnudez de la tierra
hay bocas ásperas en las imágenes secas de la limalla.

Mientras las aves se enrollan en papiros
la carne de los hombres alucina el ímpetu de los animales
y en las rutas circuncidadas el halo de la pasión
en la placenta de los espíritus enamorados.

Tal vez los tendones se iluminen color de sepia
Chupando el agua que la piel aún exorciza
En la fisura donde las palabras se funden en fístulas.

En el rojo de las voces las amígdalas ancestrales.

Sergio Téllez-Pon

Cinco, siempre cinco.....

una ... dos ...
... oportunidades para acercarme a tu cuerpo de bellos pies,
tersas manos y luminosos ojos;

... tres ... cuatro
... besos, ardientes e insuficientes besos... me llevan a tu sexo erguido (la más íntima expresión de tu existencia): tan húmedos, tan deseables, tan exquisitos ambos;

... c i n c o
... escasas horas a tu lado, en dosis cortas, ¿exactas?, me mantendrán deseoso de tu cuerpo para estas noches invernales.

Combate

La paz del corazón
en eterno duelo con el
hambre del cuerpo.

Vista desde *Twin Peaks*

La neblina ha descendido lentamente sobre la bahía.
Desde la punta de uno de los picos gemelos
los edificios altos lucen con su falda blanca
y el *Golden Gate*, del otro lado,
sobre las violentas aguas del Pacífico.
Abajo, caminando sobre las banquetas de la ciudad,
las fuertes corrientes del viento convergen y se arremolinan en
las esquinas de estas frágiles construcciones Victorianas.
La bandera del arcoiris ondea
en el montículo de Castro y *Market Street*.
Ellos y ellas: tomados de las manos o abrazándose
o besándose o proclamándose...

Carnívoro

Dos famélicos desafiándose;
dos leones de Nemea frente a frente.

Ambos se disponen
para iniciar el ritual
en el patíbulo de cuatro esquinas
sostenido por cristales triangulares
sostenidos en vidrios de agua.

¿Por dónde iniciar
a comer al otro? Por la delgada piel,
sin duda. Agazapados, rondándose,
el olfato como primer goce.

Al lanzar el primer zarpazo un hilillo de sangre
rápidamente escurre sobre tu rostro.

Salto a dar la primera mordida.
Retrocedo asustadizo, mis dientes sensibles a lo caliente,
súbitamente cegado
por el esplendor de tu carne exponiéndose.

Entre almohadas de plumas de quetzal y pavos reales
y sábanas de algodón tejidas a mano en la mixteca oaxaqueña:

Borbotones de sangre. Mordidas sin clemencia.
Ojos claros suplicantes.
Huesos corroídos. Y el suelo se cimbra.

Sin presencia de luz, los cuerpos
no titubean durante el combate. Uno se levanta triunfante
sobre el cuerpo del otro.
No hay dolor o sufrimiento en el que ha perdido la batalla pero
ha ganado en muerte.

Tendidos, sangrantes, satisfechos...
Rastros de carne entre dientes destellantes.

Memorial del cuerpo

(Fragmento)

{tres}

Toute idée de noir est faible pour exprimer le long ululement de noir sur noir
éclatant ardemment
César Moro

todos los colores hacen el negro
blanco   mucho más blanco
el color gris del humo del cigarro del café caliente
del vaho del
en invierno el aire expirado también es frío   también es gris
el gris no es ceniza
tu cuerpo no es esa ceniza bíblica

cuando tu cuerpo sea ceniza volará por toda la Vía Láctea
más allá de Plutón hasta constelaciones circundantes
mientras tanto unos cuerpos dialogan
con las palabras que les brotan en la piel

tu cuerpo es negro es blanco es gris es verde es
es   son todos los colores que tú viste
en los ojos tuviste mi cuerpo

mi cuerpo es tus palabras

tus palabras son la poesía de la humanidad

la humanidad desbordada
que te pide milagritos
mil a gritos
pidiéndote tantas y tantas cosas

todos los sonidos al mismo tiempo te ensordecen

Salvador Novo (México, 1904-1974), fundó con Xavier Villaurrutia las revistas *Ulises* y *Contemporáneos* y recibió el Premio Nacional de Poesía en 1967. Ácido crítico de la vida social, cultural y política del México posterior a la revolución, Novo fue el primer poeta mexicano cuya obra fue traducida al inglés, francés y portugués, y uno de los mas importantes traductores a nuestra lengua de numerosos poetas norteamericanos e ingleses. *La estatua de sal*, sus prestigiosas memorias, fueron divulgadas en 1998. Igual ha sucedido recientemente con numerosos de sus ensayos y su obra poética. El texto de homenaje que publicamos, fue escrito para esta edición, por Daniel Balderston, profesor titular de la cátedra de literatura latinoamericana en la Universidad de Iowa y Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

Elena Liliana Popescu (Turnu Măgurele, 1948), Doctora en matemáticas de la Universidad de Bucarest ha traducido al rumano numerosos poetas latinoamericanos, franceses y de expresión inglesa. Algunos de sus mas recientes libros son *Cânt de Iubire-Pesma Liubavi,* (2001) y *Peregrino*, (2004). Ha recibido el Primer Premio en el Festival de Poesía "Novalis" de Munich en 1998.

Eduardo Mileo (Buenos Aires, 1953), fue miembro del consejo de redacción de la revista *La danza del ratón* y es uno de los directores de la Sociedad de Escritores Argentinos. Autor de una decena de libros de poesía, entre los que figuran *Muro con lagartos* (2004) y *Poema del amor triste* (2001), Mileo recibió en el 2000 una beca del Fondo Nacional de las Artes.

Dorothy Porter (Sydney 1954), autora de varios libros de poemas y novelas, hizo estudios de literatura e historia en la Universidad de Sydney y ha ganado numerosos premios literarios a raíz de la publicación de su famosa novela en verso *The Monkey´s Mask*, de la cual se ha hecho un filme. Los poemas que publicamos, traducidos por Juan Garrido Salgado, pertenecen a su libro *January-August 2004*. La señora Porter vive en Melbourne.

Alberto Lauro (Holguín, 1959), es licenciado en letras por las universidades de La Habana y Autónoma de Madrid. Guionista de radio y televisión, ha recibido premios como el David y Mirta Aguirre. Entre sus libros de poemas figura *Cuaderno de Antinoo* (1994). Lauro escribe para el diario *La razón* de Madrid.

Edel Morales (Cabaiguán, 1961), es director del Centro Cultural *Dulce María Loynaz* y de la revista de literatura y libros *La Letra del Escriba*. Ha publicado dos libros de poemas *Viendo los autos pasar hacia Occidente* (1994) y *Escrituras visibles* (1999).

João Rasteiro (Ameal, 1965), cursa estudios para una licenciatura en literaturas modernas en la universidad de Coimbra y es miembro del consejo de redacción de la revista Oficina de poesia y autor de los libros de poesía *A Respiração das Vértebras* y *No Centro do Arco*. Traducciones de Ponç de Pons.

Sergio Téllez-Pon (México, 1981), poeta, crítico literario, ensayista y narrador, estudia literatura hispanoamericana en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es coautor de la *Antología histórica de la poesía mexicana del siglo XX* que aparecerá bajo el sello del Fondo de Cultura Económica. Tiene inédito un ensayo biográfico sobre Xavier Villaurrutia. Los poemas que publicamos pertenecen a su primer libro, *No recuerdo el amor sino el deseo*. Vive entre San Francisco y Ciudad de México.

La foto de la portada es de **Salvador Novo**.

Los libros de Arquitrave Editores

Entre nuestros autores figuran

Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant´Anna
Carlos Jiménez
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva